Recuerdos y memorias de maestras, una huella en el corazón

Gloria Angélica Barba Castañeda

Licenciada en educación primaria. Docente de la Escuela Primaria "Juventino Rosas" en Ecatepec de Morelos, Estado de México. gloria.barba@isceem.edu.mx

Hacer memoria de mi vida escolar es recordar a cada uno de mis maestros y maestras que estuvieron en mi camino desde el preescolar, primaria, secundaria, educación media superior, superior y posgrado. Cada uno de ellos me enseñó, compartió y mostró temas, anécdotas, reflexiones que hoy en día están dentro de mi corazón y mente; también fueron parte decisiva para convertirme en maestra.

Cada uno de los maestros que he conocido a lo largo de mi vida forma parte de los cimientos que me ayudaron a construirme como persona, compañera, colega y docente en servicio. Son maestros y maestras que, con su voz, ejemplo y entrega diaria, sembraron en cada uno de sus alumnos algo más que conocimientos: una forma de mirar la vida con respeto, interés y esperanza. Cada uno dejó una semilla que sigue creciendo en quienes tuvieron el privilegio de aprender de ellos.

En esta ocasión me enfocaré en aquellas maestras, compañeras de trabajo que hoy ya no están con nosotros, pero siguen vivas en las historias que contaron, en los consejos que ofrecieron, en el amor que pusieron en cada clase. También viven en los pasillos que recorrieron, en las aulas que llenaron de sabiduría, en los proyectos que impulsaron con entusiasmo y en los vínculos que construyeron con quienes compartimos la misma escuela. Fueron más que colegas: fueron cómplices de jornadas difíciles, aliados en el compromiso por educar y fuentes permanentes de inspiración.

El inicio de un compañerismo, de un trabajo en equipo fue en el momento en que ingresé a mi escuela primaria y fui presentada a las maestras que formaban parte del equipo docente. Fue entonces cuando conocí a mi directora escolar, la maestra María Cristina Trejo Hernández; aquella mujer con ya varios años de servicio me dio la

bienvenida para sentirme acogida en ese espacio nuevo en el que me encontraba, especialmente por ser una maestra recién egresada de la Normal.

Su bienvenida no fue solo un gesto amable, sino la puerta de entrada a una cultura escolar construida por años de esfuerzo colectivo, donde se tejían vínculos sólidos entre colegas y se vivían formas muy particulares de entender el quehacer docente. A través de su liderazgo fui descubriendo las costumbres, las tradiciones, los estilos de relación entre maestros, así como las ceremonias y los ritos que daban identidad a la escuela. Su modelo de gestión no solo organizaba, sino que inspiraba, al transmitir con el ejemplo aquellas pautas que daban sentido al día a día educativo.

Tal como lo expresan Fierro, Fortoul y Rosas (2002), cada escuela está conformada por una serie de prácticas y formas de convivencia que incluyen tradiciones, vínculos entre los actores educativos, celebraciones significativas y estilos de liderazgo que orientan su organización interna. En mi experiencia, estos aspectos no fueron ideas abstractas, sino vivencias concretas que compartí junto a la maestra Cristina. Ella, con su forma de dirigir, transformó la escuela en un verdadero espacio de pertenencia, donde su liderazgo, discreto, pero firme, dejó una huella profunda en mi formación como docente.

La maestra Cristina, después de haber concluido su etapa laboral y de haber entregado su vida al servicio educativo, su legado permanece en la escuela, en quienes tuvimos el privilegio de conocerla y en las generaciones de docentes a los que formó con su ejemplo. Su partida se llena de un vacío profundo, pero también de una huella imborrable. Recordarla y conmemorarla es hacer eco de lo que muchos sentimos: la maestra Cristina no solo dirigió una escuela, ella hizo esta escuela; también fue un espacio de encuentro, de aprendizaje y comunidad. Por eso su memoria está en nuestros actos, en nuestras palabras y en el compromiso que seguimos manteniendo con la educación, tal como ella nos enseñó.

Compartir experiencias, espacios y momentos cotidianos como los recreos o las comidas se convirtió en una fuente invaluable de aprendizaje junto a mi compañera Yolanda Cisneros Vite. Ella, con

más de veinte años de servicio, fue una de las primeras personas con las que entablé una relación cercana desde mi llegada a la escuela. Aunque veníamos de trayectorias distintas: ella con una larga carrera docente y yo como recién egresada, logramos construir una relación sólida de compañerismo y amistad.

Recuerdo cómo se acercaba para explicarme el llenado de formatos que yo aún no dominaba, o cómo me orientaba sobre la forma correcta de iniciar una junta de padres de familia, una práctica que en la escuela Normal solo había aprendido de manera superficial. Su disposición a compartir su experiencia no solo me ayudó a comprender el funcionamiento de la escuela, sino también a fortalecer mi práctica docente desde la realidad misma.

Tal como lo mencionan Fierro, Fortoul y Rosas (2002), cada docente tiene una manera particular de conducir las situaciones de enseñanza y de interpretar cómo aprenden sus alumnos. En este sentido, la maestra Yolanda no solo entendía el aprendizaje desde el aula, sino también el acompañamiento entre colegas como una forma genuina de enseñanza. A través de su ejemplo, descubrí que educar también implica compartir saberes entre maestros, cultivar la solidaridad profesional y reconocer que siempre hay algo nuevo por aprender, incluso fuera del salón de clases.

La maestra Yolanda fue una gran compañera, una mujer íntegra y entregada, cuya vocación dejó una marca profunda en quienes tuvimos la dicha de compartir con ella el camino docente. Con su ejemplo, dedicación incansable, fuerza y un inmenso amor por trabajar con los niños, nos enseñó que la verdadera labor del maestro va más allá de las aulas: es un acto constante de entrega, incluso en los momentos más difíciles. En plena pandemia por COVID-19, siguió participando en las clases en línea, acompañando con compromiso hasta el final. Esas fueron sus últimas intervenciones, llenas de calidez, sabiduría y pasión por enseñar. El 24 de diciembre, justo cuando el mundo celebraba la esperanza y la unión, ella nos dijo adiós. Desde entonces, su recuerdo habita en cada historia compartida, en cada enseñanza que sembró y en cada corazón que tocó con su presencia serena y luminosa.

Recordar a quienes dedicaron su vida a enseñar es también agradecerles desde lo más profundo del corazón. Son los sembradores del futuro, los artesanos de la esperanza, porque su labor trascendió los libros y los horarios escolares. Su ausencia física no borra su presencia en nuestra memoria institucional. Cada recuerdo suyo es una lección viva que permanece con nosotros, acompañándonos y recordándonos que enseñar es un acto de entrega que deja huellas imborrables.

Bibliografía

Fierro, C., Fortuol, B. y Rosas, L. (2002). *Transformando la práctica docente. Una propuesta basada en la investigación-acción*. México: Paidós.